

las historias del imperialismo y el neocolonialismo. No obstante, si tomamos en cuenta que el guion dependientista ofrecía una explicación más o menos satisfactoria del subdesarrollo, debemos quizá lamentar que lo que se gana en riqueza, color y precisión se pierda en fuerza explicativa. Éste es, no obstante, un desafío que tiene que enfrentar, y tratar de resolver, el gremio de historiadores.

Erika Pani

El Colegio de México

GABRIELA PULIDO LLANO, *El mapa “rojo” del pecado. Miedo y vida nocturna en la ciudad de México, 1940-1950*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2016, 378 pp. ISBN 978-607-484-879-3

La ciudad es conjunción del tiempo en el espacio: capas de historia se superponen y se localizan en determinados lugares para crear un paisaje específico, todo hecho a mano y con el ingenio de los seres humanos. Donde sólo había naturaleza surge un complejo artefacto creado por mujeres y hombres. Es un lugar para vivir, para trabajar, es un mercado, un sitio de defensa y resguardo, sede del poder político y religioso, concentración de servicios relacionados con la salud, la educación, la cultura y el esparcimiento. Históricamente ha sido considerado como el lugar de la civilización, donde se desarrolla el mayor refinamiento de los comportamientos humanos.

Urbe, ciudad, y urbanidad, el código que prescribe y sanciona las normas de cortesía entre las personas, tienen una misma raíz etimológica que apunta en ese sentido de concebir a las ciudades como centros de la civilización donde los seres humanos adquirimos educación, cultura y hábitos que nos alejan, necesariamente, de nuestra natural animalidad. No obstante, la ciudad también ha sido concebida de manera opuesta, como el espacio de la perdición, donde las peores pasiones humanas encuentran oportunidad de expresión y de reproducción. Ambivalencia estudiada para la ciudad occidental por Carl Schorske y Marshall Berman, entre otros autores, quienes han puesto especial

atención a las contradicciones propias de la modernidad urbana. Con la ciudad del bien o de la virtud, se entreteje la ciudad del mal, lugar de todas las depravaciones, un abismo que atrae con tremenda fuerza. Si el proceso civilizatorio involucra la regulación de los instintos, la coacción y la autoacción para contener afectos y pasiones, como propone Norbert Elias, no se desenvuelve de manera lineal ni progresiva, como tampoco significa la superioridad de una cultura sobre otra. En el ámbito urbano parecen sintetizarse tales contraposiciones.

Sobre esta variante de comprender la ciudad, sólo en cierto sentido “desviada” de su hipotético camino civilizatorio, versa el libro de Gabriela Pulido Llano acerca del miedo y la vida nocturna en la ciudad de México entre 1940 y 1950. Se trata, como lo describe el título, de trazar el mapa “rojo” del pecado en la capital mexicana, con base en una lectura minuciosa de la prensa de la época, alarmada, escandalizada y, al mismo tiempo, fascinada por una vida que, bajo las luces de neón, daba rienda suelta a los apetitos prohibidos por la moral dominante. Revistas de policía y de nota roja, publicaciones sobre el medio del espectáculo y periódicos amarillistas permiten a la autora reconstruir una narrativa de la ciudad del pecado, el ámbito nocturno donde se forjaron verdaderos arquetipos urbanos como el pachuco, la rumbera, el cinturita, el tarzán o la exótica, que interactuaban en mayor o menor complicidad con la policía para ofrecer sus brazos seductores a un público entusiasta de las bajas pasiones. Hubo lugares que sirvieron de escenario principal para ese despliegue: la calle, o ciertas calles, el salón de baile, el cabaret y los prostíbulos a menudo disfrazados de cafés y restaurantes para gente decente. Mientras las buenas conciencias descansaban tras largas jornadas de trabajo o de estudio, se multiplicaban las tentaciones nocturnas de la ciudad, con amplia vocación erótica, de ruptura de límites y cultivo de vicios de toda índole.

A mediados del siglo xx, con 3 000 000 de habitantes, la capital de México había adquirido aires de metrópoli. Las distintas localidades del valle se conectaban por medio de una amplia red de vías férreas, de calles y avenidas por donde circulaban veloces los tranvías eléctricos y los automotores. Se habían formado nuevos fraccionamientos en espacios que poco tiempo atrás habían sido campos de cultivo, para dar mayor densidad a un espacio metropolitano que tenía como centro neurálgico a la antigua municipalidad de México, convertida en

Departamento Central, cabecera del Distrito Federal. La radio, el cine y una multiplicidad de publicaciones periódicas eran parte de una vasta red de comunicaciones que alimentaba la opinión pública. El alumbrado público electrificado, introducido desde el porfiriato, mejorado y ampliado, permitía la extensión del día hacia la noche y, por tanto, multiplicaba las posibilidades de esparcimiento.

En suma, la capital estaba en pleno proceso de crecimiento y modernización, con saldos positivos y negativos, mientras las conciencias conservadoras encendían las alarmas ante lo que interpretaban como una ofensiva contra la tradición y las buenas costumbres. La ciudad, por lo demás, tenía un carácter propio, una originalidad heredada de su historia y de su situación geográfica. Ya miraba con insistencia al norte, pero aún tenía estrechas conexiones, forjadas desde la época colonial, con el puerto de Veracruz, con la ciudad de La Habana, con el Caribe. Su altitud, de más de 2000 metros sobre el nivel del mar, a menudo nos hace olvidar su condición tropical, su carácter de eterna primavera consignado desde el siglo XVII por Bernardo de Balbuena en su declaración de amor a esta Grandeza Mexicana, que convoca a un verdadero tropismo primaveral, prefigurado en los escarceos de los bailes afroantillanos, exacerbado por medio de alcoholes, consumo de marihuana y de otras drogas más potentes.

No deja de ser paradójico que conozcamos ese mundo gracias a sus censores, modernos inquisidores que, en su labor de resguardar la moral, realizaron largas y detalladas descripciones acerca de lo que ocurría en esos antros de vicio y perdición. Como sostiene Carlo Ginzburg, existen paralelismos indudables entre las miradas del inquisidor y del antropólogo. Gabriela Pulido analiza en detalle y reproduce buen número de esas publicaciones que, por escrito, condenaban las prácticas nocturnas que quebraban voluntades y corrompían conciencias, mientras imprimían amplias fotos de aquellas mujeres toda tentación que encendían las pasiones animales del público mediante el vértigo de sus caderas.

La autora llama la atención acerca de la composición gráfica y textual de esas publicaciones que combinaron el texto escrito con la fotografía, la caricatura, el fotomontaje y la fotonovela, para dar cuenta de la ciudad del pecado, forjando estereotipos y señalando las fronteras que distinguían entre el bien y el mal. El propósito explícito era la

condena de esas prácticas, exigir actos de autoridad que frenaran esa descomposición social y promover una didáctica en torno a los peligros de la noche, en que los alegres asistentes a un espectáculo degradante, en un congal, podían ser despojados de sus posesiones o hasta perder la vida por tirarse a la borrachera y a la perdición. Sin embargo, en la composición de sus imágenes y en su discurso de intolerancia, no era raro que esos textos hicieran la apología o cuando menos una propaganda quizá no deseada para promover actividades que a los autores les resultaban repugnantes y trataban de controlar o, mejor, prohibir.

Hacía falta una investigación que diera cuenta de la vida nocturna en ese momento de la capital mexicana, cuando abundaban agrupaciones tradicionales de son, rumba y danzón y la orquestación del *jazz band* había producido el milagro del mambo. Siguiendo la línea de Pablo Piccato en su libro *Ciudad de sospechosos*, abrevando en fuentes distintas, se delinea el mapa del pecado a la luz del neón, una nueva generación de sospechosos censurables por lúbricos e inmorales, hablantes de calós y de “spanglish”, danzantes de ritmos afroantillanos, personajes de estrambóticos trajes, chinas prófugas del café de la esquina que bailaban sensuales danzas orientales o tahitianas de posible origen californiano meneándose a ritmos de tambores caribeños. El libro en ese sentido nos transporta a un momento de libertades que para algunos eran libertinajes y de actividades lúdicas, o lúbricas, con muy tenues fronteras entre lo legal y lo ilegal, entre las prácticas lícitas y las delincuenciales. En su revisión exhaustiva de las fuentes para una década, quizá se echa de menos el análisis de otros procesos que, no por ser insinuados por periodistas de ánimo inquisitorial, deberían dejarse de lado: la trata de mujeres, por ejemplo, que si damos crédito a los testimonios transcritos y a las fotografías, a menudo eran jovencitas menores de edad. Sería otra investigación tal vez, que esperamos la autora pueda realizar, lo mismo que una revisión de más largo plazo sobre esas actividades nocturnas que no se inauguraron en los años cuarenta del siglo xx, ni se terminaron en las siguientes décadas a pesar de las ofensivas más directas emprendidas por regentes como Ernesto Uruchurtu. Material hay de sobra, si estamos de acuerdo con Dostoievski cuando en *Memorias del subsuelo* exige dejarse de hipocresías para comprender que la civilización “sólo desarrolla en el hombre la variedad de sentimientos y ... nada más”, sin lograr que abandone sus

más bajas pasiones. Pues, se pregunta, ¿quién les ha dicho “a esos sabihondos que el hombre tiene necesidad de no sé qué querer ser normal y virtuoso?”. En *El mapa “rojo” del pecado* encontramos inquietantes pistas para pensar sobre tales interrogantes.

Ernesto Aréchiga Córdoba

Universidad Autónoma de la Ciudad de México

MARIO VÁZQUEZ OLIVERA y FABIÁN CAMPOS HERNÁNDEZ (coords.),
México ante el conflicto centroamericano. Testimonio de una época,
México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2016, 328 pp.
ISBN 978-607-02-8792-3

Esta compilación de trabajos es el resultado de un ambicioso proyecto que estudia las relaciones de México con Centroamérica, coordinado por la Universidad Nacional Autónoma de México y el Instituto Mora. La labor del equipo incluye la recopilación de información en archivos en México, los países centroamericanos, bibliotecas estadounidenses, amén de un programa de entrevistas con diplomáticos y otros actores. Las acciones de México como poder regional son muy bien conocidas por políticos centroamericanos que las tienen que tomar en cuenta en sus decisiones, no así por el mundo académico y mucho menos por el público en general, de manera que este esfuerzo es muy bienvenido para quienes se dedican a estudiar en profundidad los conflictos centroamericanos de finales del siglo xx.

El número de capítulos dedicado a cada país está más o menos en proporción con el nivel de involucramiento de la diplomacia mexicana. La obra presta la mayor atención a Guatemala, luego a Nicaragua, y en un poco menor medida a El Salvador. Además de un breve capítulo sobre Panamá. Una de las virtudes del libro es que no se limita a analizar las acciones y motivaciones de jefes de Estado y diplomáticos. Aunque las actividades de éstos reciben debida atención, quien lee la obra también aprenderá sobre el papel de otros actores estatales, como los servicios de inteligencia doméstica, además de actores no estatales como la prensa y la sociedad civil. Esta variedad se encuentra también